

X

ANCONA

Los austriacos avanzan rápidamente. La reina Hortensia y Luis Napoleón se apresuran para llegar antes que ellos á Ancona. Lo consiguen y se alojan en la casa más bonita de la ciudad, á orillas del Adriático. Como el pasaporte inglés de la reina está extendido á nombre de una señora inglesa y sus dos hijos, hay que buscar un joven que reemplace al hijo que falta y lo encuentran en el marqués Zappi, quien, casado recientemente con una hija del príncipe Poniatowski, estaba encargado de llevar á París despachos del gobierno constitucional. Más comprometido que nadie, se asocia á la suerte de la reina Hortensia, y merced al pasaporte procurará huir con ella y con su hijo.

Ancona está llena de insurrectos que intentarán embarcarse antes de la llegada de los austriacos, pero á quienes les costará trabajo librarse de su escuadrilla que está ya en el Adriático. Dos barcos fondeados en el puerto son el único recurso de los sublevados.

«¿Podrá creerse?, ha escrito la reina Hortensia; el precio del pasaje se elevó en razón de la necesidad que tantos desgraciados tenían de escapar, y la mayoría de aquellos jóvenes que habían abandonado por la libertad fortuna, familia y todos los placeres de la vida, no podían pagar su pasaje. Muchos se dirigieron á mí y tuve la suerte de poder serles útil, dándoles cuanto tenía, excepto lo estrictamente necesario para continuar mi viaje. Desde mi balcón veía el buque que iba á llevarse el resto de aquella valerosa juventud, imprudente sin duda, porque no había calculado bien los medios de que disponía; ¡pero la prudencia es tan egoísta!... No echemos en cara á la juventud los defectos que realzan sus brillantes cualidades, porque en esas almas desinteresadas puede encontrarse lo que ennoblece al hombre.»

La situación de la reina Hortensia es tanto más terrible cuando que su hijo ha caído enfermo de sarampión y se ve en la imposibilidad de viajar, siendo preciso por tanto que lo cuide en Ancona y que nadie sospeche que continúa aún allí. Puede decirse que la reina tiene la misma habilidad que su hijo para el misterio y la conspiración. No es posible imaginar la sagacidad y astucia de que va á valerse para sustraer á su hijo á todas las pesquisas y librarle de los peligros que hubieran desalentado á tantas otras mujeres. Será forzoso que ella misma sea intrépida y que sus criados den pruebas de una abnegación y de una inteligencia verdaderamente raras para que no se malogre el plan de su evasión.

Ancona ha capitulado el 26 de marzo: los austriacos entrarán en ella al día siguiente. ¿Qué estratagema inventa la reina Hortensia? Consigue hacer creer á todo el mundo que su hijo acaba de salir de la ciudad y que se ha embarcado en la noche del 26 al 27 para Corfú. Los criados, fingiendo llevar el equipaje, han burlado á los curiosos sobre este supuesto embarque. El mismo vicedónsul de Francia en Ancona ha dado crédito á una treta tan hábilmente preparada, y el 27 de marzo escribe al embajador francés en Roma: «Esta noche ha zarpado para Corfú un buque Jessieu, llevando á bordo treinta y nueve individuos de los más comprometidos, entre ellos uno de los hijos de Luis Bonaparte, pues el otro ha muerto en Forli. La madre continúa aquí.»

El 27 las tropas austriacas entran en Ancona. Como la casa habitada por la reina Hortensia era la mejor de la ciudad, se aloja en ella el teniente general barón Geppert, jefe del ejército, con su estado mayor, y Hortensia se reserva unas pocas habitaciones. «Dos puertas cerradas, ha escrito, me separaban del general, pero estábamos tan cerca que me habría sido fácil oír todas sus conversaciones, y aparte de esto los soldados estaban en mi antecámara con mis criados.»

¡Situación eminentemente crítica, verdadero episodio de novela! La reina misma va á contarnos sus angustias. «La enfermedad de mi hijo seguía su curso; pero mi vigilancia era cada vez más activa. La cosa más insignificante podía descubrirnos. Si mi hijo tosía, tenía que taparle la boca; le impedía hablar porque fácilmente oírían la voz de un hombre todos cuantos nos rodeaban.» Un simple tabique separaba de sus enemigos al futuro Napoleón III. El general austriaco no podía presumir que tuviera á su lado al hombre que en 1859 tomara el desquite de 1831.

Entretanto Luis Napoleón iba mejorando. El médico, que estaba en el secreto y fingía visitar á la reina Hortensia, que se suponía enferma, asegura que el príncipe podrá ponerse en viaje muy pronto. Su madre recibe entonces al general Geppert, hombre cortés y bien criado, que se muestra muy deferente con ella. Hortensia le dice que tiene la intención de marchar de Ancona y embarcarse en Liorna para Malta, en donde se reuniría con ella su hijo procedente de Corfú; al mismo tiempo pide al general un pase en el que no se indicará su nombre. El general accede á este deseo. La reina partirá el día de Pascua, y como tiene empeño en oír misa en la célebre iglesia de Nuestra Señora de Loreto (situada á veintidós kilómetros de Ancona), dice que partirá muy temprano, antes de salir el sol.

El joven marqués Zappi, que cuando la reina Hortensia se sirva de su pasaporte inglés desempeñará el papel de uno de sus hijos, se hará pasar primeramente por un criado: se endosa una librea y Luis Napoleón otra. Son las cuatro de la madrugada. La reina Hortensia, seguida de sus dos fingidos criados, atraviesa la antecámara pasando entre los austriacos que dormían. Los dos coches de posta aguardan al pie de la escalera. El príncipe Luis Napoleón sube al pescante del carruaje que ocupa su madre, y el marqués Zappi á la trasera del ocu-

pado por la camarera. De este modo llegan á Loreto, donde oyen misa mientras se muda el tiro. Reanúdase la marcha gracias al pase firmado por el general. En Macerata una persona conoce al príncipe, pero se calla; pasan por Foligno y Perugia, y llegan á Toscana. Allí el peligro es quizás mayor que en los Estados romanos, porque el príncipe es más conocido, y en cada posada, en cada parada de postas, en cada camino se encuentran personas que podrían descubrirle. Así él como el marqués Zappi se han quitado las libreas, y ya no se hacen pasar por criados, sino por hijos de la supuesta dama inglesa que lleva un pasaporte para viajar por Italia, Francia é Inglaterra. En medio de continuos sobresaltos pasan por Siena, Pisa y Luca, y se detienen un rato en Seravezza, ese sitio pintoresco donde tanto le gustaba veranear al príncipe Napoleón. «¡Le habían recibido tan bien allí!, ha escrito su madre; ¡quería tanto á todo el mundo! Allí hacía construir una casita de campo y una fábrica de papel; allí hacía labrar el mármol, y sacaba vistas de todos aquellos sitios amenos: en fin, allí había disfrutado la transitoria felicidad de que pudo gozar en su corta vida.»

Uno de los puntos que ofrecen más peligro es una dependencia del ducado de Módena, porque en ninguna parte era la reacción tan cruel ni tan sangrienta como allí, y si Luis Napoleón llegaba á ser detenido, su situación hubiera sido de las más terribles. El falso pasaporte salvó á los fugitivos. «Y sin embargo, dice la reina, era una osadía en nosotros hacernos pasar á todos por ingleses, cuando ni uno solo, excepto mi hijo, hablaba la lengua, y aun así y todo por su acento francés era fácil de reconocer. Pronto lo experimentamos prácticamente. Detiéndose una carretela delante de nosotros; se apea de ella un hombre y se acerca á mi carruaje; ve en él dos señoras y se dirige al otro; creyendo tratar con compatriotas suyos, pregunta en inglés dónde está el ministro Taylor para quien lleva despachos urgentes. Mi hijo le contesta en el mismo idioma, y el extranjero da las gracias diciendo: «Perdón, me he equivocado; os había tomado por ingleses.» Por fin entramos en Massa, donde encontramos toda la tropa sobre las armas, pues esperan la inmediata llegada del duque, el cual salía de Módena en el momento en que se procesaba á todos los insurrectos que habían caído en su poder. Mi hijo se acuerda con dolor de aquel Menotti, italiano tan patriota, tan enérgico, tan generoso para con el duque, y al que mandó matar el mismo á quien había salvado.»

Los fugitivos atravesaron sin tropiezo los Estados de este terrible duque, llegaron á Génova, donde el cónsul inglés visó su pasaporte, pasaron por Niza y entraron por Antibes en esta tierra de Francia, en la que, aunque víctimas de una ley de proscripción, procurarían hallar un refugio.

No había que pensar ya por espacio de muchos años en el movimiento liberal italiano. El Austria triunfaba y la diplomacia no tenía piedad con los vencidos. El conde de Sainte Aulaire, embajador de Francia en Roma, escribía el 30 de marzo á su gobierno: «La revolución italiana ha muerto vergonzosamente; por lo cual no es cosa de llevar luto por ella. Sería dar crédito á los calumnia-

dores que nos acusan de haberla excitado. No podemos ocultar que de Francia han partido excitaciones imprudentes y culpables, y que será preciso hacer muchos esfuerzos para rechazar su solidaridad. No puedo prometerme, dada mi posición, obtener concesiones liberales, ni tampoco me es dado solicitar consideraciones en favor de los rebeldes. Sin embargo, siempre consideraré como un deber el socorrer á aquellos que tengan amenazada su vida. Doy instrucciones en este sentido á nuestro bergantín de Civitavecchia. A las insinuaciones que se me han hecho para saber si negaríamos auxilio á los proscritos, he contestado con reserva, aunque de modo que dé á comprender que no queremos la muerte de los pecadores. Otras se me han hecho además, pero éstas las he rechazado con dureza. Estas insinuaciones me autorizan para deciros que el bonapartismo estaba en el fondo de lo sucedido y no ya sólo por el concurso de los individuos de la familia que han figurado en la insurrección.»

El rey Jerónimo había escrito la víspera á la duquesa de Rovigo: «Los constitucionales están exasperados contra Francia que los ha sacrificado, según dicen.»

Es cierto que los liberales italianos, engañados por ciertos discursos pronunciados en la Cámara francesa, así como por el lenguaje de los periódicos de París, se habían figurado que Francia proclamaría el principio de no intervención é impediría que los austriacos penetraran en el corazón de la Península.

Luis Napoleón Bonaparte pertenecía al número de los vencidos; pero los sucesos en que acababa de tomar una parte tan desgraciada debían ejercer gran influencia en sus destinos futuros, y puede decirse que las victorias de Magenta y Solferino estaban en germen en la derrota de los insurrectos de la Romanía.